

# *Del nacer como “sacrificio a la luz”. La herida del ser en el origen de la necesaria unión entre filosofía y poesía*

## *Interrogar el origen*

**R**emontarse al nacimiento, en un recordar que es revivir esa lejana aurora. El sentido de este viaje interior es dramático, contiene “el secreto”, el que el escritor quiere decir y “no puede decirse con la voz por ser demasiado verdad”. El secreto que conmueve, “acontecimiento que al suceder amenaza y pone en evidencia, aunque sólo sea con su temblor, a la falsedad”. En toda su escritura María hace esto, su escribir se sustancia aquí. La fusión entre el porqué y el cómo de sus páginas, que se modelan como arcilla sobre su vida, es inescindible.

Escribir es “un acto de fe y, como toda fe, de fidelidad. El escribir pide la fidelidad antes que cosa alguna. Ser fiel a aquello que pide ser sacado del silencio”<sup>1</sup>. Así, el gesto que abre su exilio mejicano en el otoño de 1939 (enseñaba filosofía en la Universidad de Morelia) es el ensayo *Filosofía y poesía*. Aquí convergen “necesidad y elección”<sup>2</sup>. La necesidad es la de comunicarse a sí misma y al mundo, justamente, el “secreto”, que aquí es el secreto de la separación entre filosofía y poesía, auténtica

herida del alma occidental. La *elección* del tiempo y del lugar de escritura es el *exilio* en cuanto que, en él, “de destierro en destierro”, para el exiliado cada vez “se reitera su salida del lugar inicial, de su patria y de cada posible patria”. Quien está “marcado” por el exilio “puede quedarse tan solo allí donde pueda (...) ir meciéndose al mar que se revive, estar despierto sólo cuando el amor que le llena se lo permite, en soledad y libertad”<sup>3</sup>.

El destino sacará a la luz otro acontecimiento y otro secreto, que yacían en ella (la verdad de su camino, de su razón y pasión de vivir “como mujer y como templario a la vez”<sup>4</sup>), cuando, a comienzos de los años cincuenta, en La Habana tuvo noticia de que el Instituto de Cultura Europea en Ginebra ofrecía un premio al autor de una novela o de una biografía. En pocas semanas, sin interrupción, María escribió *Delirio y destino. Los veinte años de una española*, su propia autobiografía en tercera persona. En la Introducción, fechada en Madrid, el 25 de septiembre de 1988, explicará que lo hizo respondiendo tal vez “a una llamada misteriosa del viejo continente” para decir lo que verdaderamente había vivido, incluidos los delirios, “que no son una falacia de falso ensoñamiento”<sup>5</sup>, sino la adhesión a la

<sup>1</sup> María Zambrano, “¿Por qué se escribe?” en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1993, p.35.

<sup>2</sup> De la Introducción de Pina de Luca a *Filosofía e poesía*, ed. Pendragon, Bologna, 1998, p. 8.

<sup>3</sup> María Zambrano, *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, p. 38.

<sup>4</sup> María Zambrano, “A modo de autobiografía” en *Anthropos*, nº 70-71, Barcelona, 1987, p. 70.

<sup>5</sup> María Zambrano, *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 12.

maravilla de la multiplicidad, real y perecedera. Bien lo sabía quien, en 1939, meditando sobre pensamiento y poesía, formas expresivas que "cada una de ellas quiere para sí eternamente el alma donde anida"<sup>6</sup>, dice del poeta que él "quiere delirar, porque en el delirio alcanza vida y lucidez. En el delirio nada suyo tiene, ningún secreto; nada opaco en su ser. Se consume ardiendo como la llama, y canta y dice. Porque el poeta vive prendido a la palabra; es su esclavo. (...) Se consagra y se consume en ella. (...) Quiere, quiere delirar, porque en el delirio la palabra brota en toda su pureza originaria. Hay que pensar que el primer lenguaje tuvo que ser delirio"<sup>7</sup>.

Por otra parte, el pensamiento como renuncia, como ascesis para alcanzar la conciencia, el ser, se le presenta como destino de *mujer-filósofo* al que ser fiel. Recordemos: "El pensamiento es siempre una cruz, y yo acepto llevar esta cruz hasta el final de mis días"<sup>8</sup>.

En cada palabra encarnada de su obra, al escuchar "la carencia y el deseo" perenne, a ella unido (véase la psicoanalista francesa Françoise Dolto, 1908-1988), María Zambrano favorecerá la unión entre pensamiento y poesía hasta desembocar en su creación filosófica: la razón poética.

### *El primer exilio revelador: el nacimiento*

La aceptación de la conciencia, del ser, de la luz del día, es el primer acto de voluntad, la primera decisión cruenta de la criatura. María se remonta hasta ese momento y reencuentra ahí la voluntad de alejarse, de no vivir, incluso de "ir hacia" la muerte, mani-

fiesta en los primeros tres días de su existencia (por lo que su padre declaró su nacimiento el 25, en lugar del 22, de abril). Con ello contrasta su destino, que se abre al momento del primer nacimiento, en el que "ninguna conciencia recoge ese temblor del ser arrojado afuera, expuesto repentinamente a la intemperie, sin asidero". Y también: "La conciencia, ésta que ahora envolvía su soledad, debió de empezar a formarse entonces, en ese instante terrible en que hubo que abrir los ojos y respirar"<sup>9</sup>.

"Como todos", se encuentra bruscamente frente a imágenes "quietas, fijas sobre un negro vacío", evidencia irreconocible, tan diferente del "abrigo de la verdad maternal, donde ningún esfuerzo era necesario ni posible".

Entonces, interrogar el origen: es la voluntad de esto lo que quizá lleve a despedirse de la existencia antes de la hora asignada o, más allá del "resentimiento" del haber nacido, a encontrarse en la desnudez muda del ser; entonces: "Nacer sin pasado, sin nada previo a que referirse, y poder entonces verlo todo, sentirlo, como deben sentir la aurora las hojas que reciben el rocío; abrir los ojos a la luz sonriendo; bendecir la mañana, el alma, la vida recibida, la vida ¡qué hermosura! No siendo nada o apenas nada por qué no sonreír al universo, al día que avanza, aceptar el tiempo como un regalo espléndido, un regalo de un Dios que nos sabe, que sabe nuestro secreto, nuestra inanimidad y no le importa, que no nos guarda rencor por no ser..."<sup>10</sup>.

Deseo de nacer como inocencia. La vida como sueño y como inocencia del poseer por gracia, "capturados por la maravilla originaria"<sup>11</sup>, es lo propio de la poesía.

<sup>6</sup> María Zambrano, *Filosofía y poesía*, Madrid, FCE, 1993, p. 13.

<sup>7</sup> *Ibid.* p. 42.

<sup>8</sup> "A modo de autobiografía", ed. cit., p. 71.

<sup>9</sup> *Delirio y destino*, ed. cit., p. 17.

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 21.

<sup>11</sup> *Filosofía y poesía*, "Pensamiento y Poesía".

Pero hay que nacer verdaderamente, caer en la libertad y en la voluntad de ser. El primer exilio se consuma al ser obligados (¿o al obligarnos?) a abandonar “el abrigo de la verdad maternal”. Lanzados desnudos en el instante del respirar, y con un vacío dentro que es la avidez del “hambre originaria”. “Hambre de todo, hambre indiferenciada”. Y soledad: frente a la *ausencia*, ahora percibida, de ese alguien o algo que esperábamos. Al habitar ese punto, de hambre, nos damos cuenta de que es un centro irreal, desde el que, sin embargo, no podemos ver, y sobre todo “mirar”, la realidad “global”, un centro que al mismo tiempo vela nuestra realidad más profunda, la del “sacrificado a la luz”. Edipo se arrancó los ojos porque no aceptó el sacrificio. El sacrificio consiste en sentirse cada vez más cobijado en las tinieblas a medida que se ve mejor y con más claridad.

Hay que aceptar una *herida en el ser* “cada vez que se nace o renace”; esta herida es la escisión entre el que mira (que puede identificarse con lo mirado –y a eso aspira) y el otro: el que siente en la oscuridad y en el silencio, en la noche del sentido, donde ningún sentido lleva mensajes. Y hay que aprender a soportarlo<sup>12</sup>. Acude al pensamiento y al corazón la poeta francesa Marie Noël que, a la pregunta de una joven estudiante sobre ¿quién es el poeta?, respondió: “El poeta es un mensajero ciego que trae noticias de un país desconocido”.

### *La encarnación*

Nacer verdaderamente quiere decir aceptar la encarnación, soportar su día y su noche, su *hambre* no saciada (*hambre*, necesidad primera del alma y del cuerpo para Simone Weil), su *soledad* y *pobreza*, siempre presentadas de nuevo por las negaciones, por

los “no” de las circunstancias. María lo supo por experiencia, lo vivió de niña: a cada “no” “sentía renacer el amor a lo que se le negaba, el amor ya despojado de toda ilusión posesoria, el simple amor a la existencia del objeto”. En ese amor había más que “consuelo: certidumbre, afirmación”<sup>13</sup>. Simone Weil, en las notas a su drama *Venise sauvée*, dirá: “Crear en la realidad del mundo externo y amarlo es una y la misma cosa”<sup>14</sup>, de modo que al encontrar la totalidad se hacía posible conocer y amar la realidad global que nos incluye y la nuestra.

La *herida del ser en el nacimiento*, que es la de la escisión entre pensamiento y poesía, se podía curar. El pensamiento, que nació sólo de la *admiración*, según Aristóteles, estaba saciado; “la generosa existencia de la vida” se adecuaba a él, desplegándose en múltiples bellezas que la poesía sabía descubrir y comunicar, en cuanto que ella es “encuentro, don, hallazgo por gracia”<sup>15</sup>.

Sin embargo, este saciarse el pensamiento en el estupor fue misteriosamente breve, desgarrado por la intranquila y “urgente pregunta” que haga abstracción del devenir de las apariencias y encuentre la claridad, la unidad del ser. Con Platón, la esclavitud de los hombres en el mundo de las tinieblas, que ilustra con el mito de la caverna del libro VII de la *República*, puede, es más, debe cesar. Condenados hasta entonces a distinguir apenas las imágenes reflejas de las cosas, proyectadas en el muro de la caverna, deben encontrar una liberación hacia la claridad, abandonando la superficie del mundo, renunciando a la inmediatez de la vida, en la *ascesis* indefensa de un “interrogar perenne del intelecto” en el discurso filosófico. Discurso que, para triunfar, decreta “la condena de la poesía” y para el cual “el pensamiento es siempre una cruz”.

<sup>12</sup> Vid. *Delirio y destino*, ed. cit., pp. 18 ss.

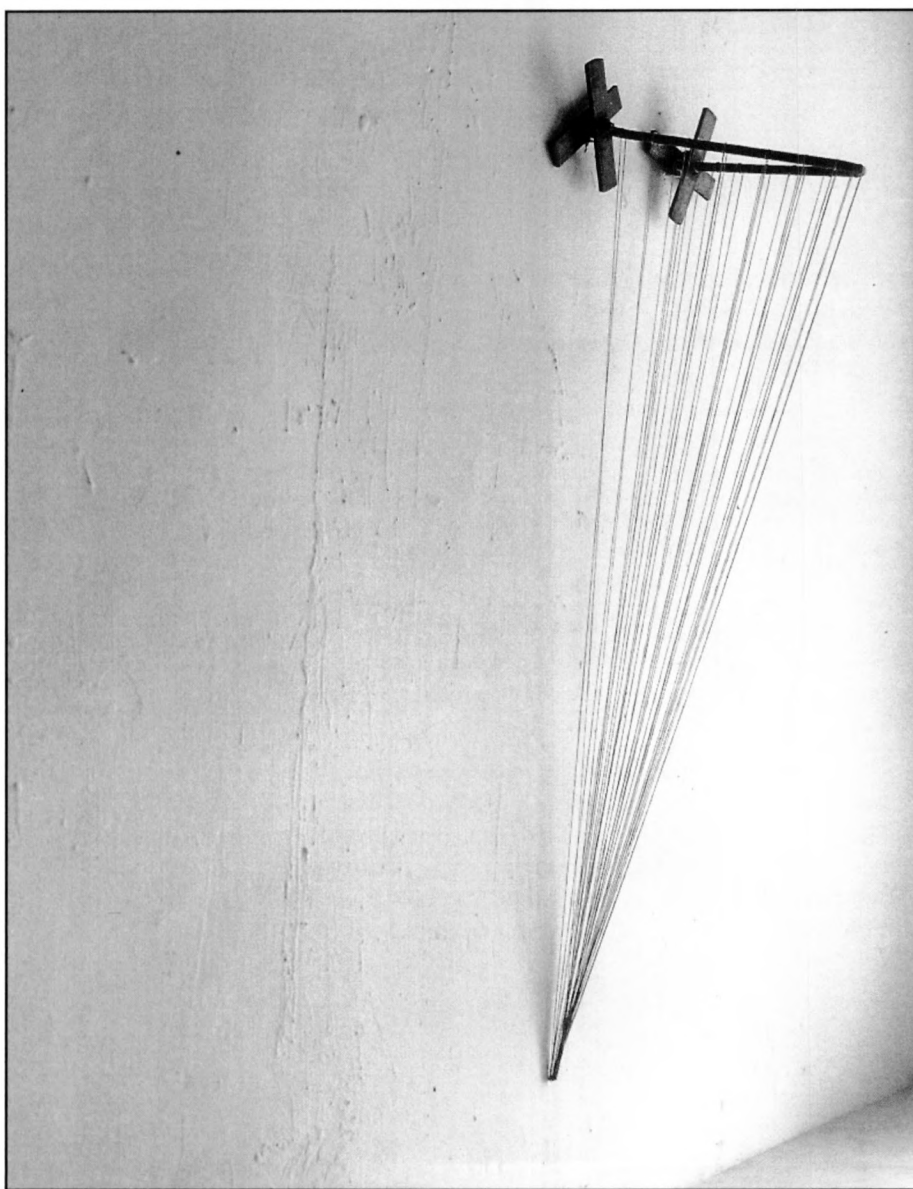
<sup>13</sup> *Delirio y destino*, ed. cit., p. 56.

<sup>14</sup> Simone Weil, *Poèmes suivis de Venise sauvée*, Paris, Gallimard, 1968, p. 48.

<sup>15</sup> *Filósofa y poesía*, ed. cit., p. 13.

Pero la poesía vuelve, debe volver, como un "más allá de la razón". Sócrates, que afirma que "la filosofía es una preparación para la muerte", la abandona precisamente en la proximidad de la muerte. El "misterio de la belleza" ¿debía extender su "algo más" por encima de las razones? O bien, cuando se trata de "verdades últimas" (la muerte, el amor) ¿éstas se "encuentran" sólo por un "don", por un descenso que después se llamará "gracia"? "Gracia" en relación a "deseo", dos palabras misteriosas y misteriosamente conectadas para Simone Weil.

Es el exilio el que le impone un nuevo y necesario nacimiento (esta vez la necesidad es conscientemente sentida) a través de la palabra de dos obras: *Filosofía y poesía*, que pretende ser más comunicante y pedagógica (1939: la experiencia del exilio está en su inicio, recordémoslo) y *Delirio y destino*, más cruento, dramático, en el que "fija en el lecho blanco" mirando hacia arriba, o, más allá de la ventana, "las nubes blancas e inmóviles, escritura gigantesca en el cielo de esa vida que se proyectaba a sí misma, que los hombres todos proyectaban" y después llamaban "des-



Manel Margalef, *Guarí*, 1993

tino” cuando sobre ellos se abatía<sup>16</sup>, María anhela oscuramente una filosofía y poesía unidas.

Hundiéndose en el fondo de sí, hasta las raíces del alma, María Zambrano encuentra y encarna en palabras (la autobiografía que continúa el ensayo, según el modo en el que todas sus obras remiten unas a otras, sin solución de continuidad –yo diría que en María Zambrano no hay cesuras), en su destino, aceptado, la filosofía como *ascesis* a lo largo de la luz del alba de esa rendija que entrevió en el borde del cortinaje negro en el aula de filosofía y la poesía como *misericordia* hacia lo cotidiano: su

vida de agua, dispersa y que en todo momento fluye de nuevo.

Puesto que para “referirse únicamente a la verdad misma de estar aquí”, empujados al nacimiento primero y luego a todos los otros, es necesaria la *claridad* y la *adhesión a la carne* de la vida propia de la poesía, hay que aceptar así la existencia, “simplemente, como una brizna de ser, un poco de polvo, ávido de entrar en la luz, de recibirla, en su pobreza (...) ... Desde la verdad; esto es, ser pobre”<sup>17</sup>.

*Traducción: Carmen Revilla*

<sup>16</sup> *Delirio y destino*, ed. cit., pp. 26-27.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 22.